

La verdad como servicio
P. Fernando Pascual
19-12-2010

Una corriente del pensamiento moderno ha hecho creer que quienes poseen (o piensan poseer) la verdad son peligrosos.

El camino para llegar a la conclusión anterior puede ser más o menos sencillo. Quien cree poseer la verdad considera que los que piensan algo diferente están en el error. Estar en el error es vivir en una condición precaria, de inferioridad, de fracaso. Sólo quien posee la verdad (o quien cree poseerla) vive fuera del engaño, se sitúa en un punto superior. Sabe lo que otros no saben. Es un “pequeño sabio” sobre algo o sobre muchos temas. Puede enseñar a los otros, a quienes ve como pobres ignorantes necesitados de ayuda y de luz.

Pero dividir a los hombres en superiores e inferiores lleva a peligros, a abusos, a prepotencia, según algunos críticos. Porque cualquier división de los seres humanos entre sabios e ignorantes, entre quienes conocen y quienes están equivocados, implica que los primeros desprecian a los segundos y buscan imponerse con la palabra y, a veces, con la fuerza.

El razonamiento atrae, pero cae en una autocontradicción profunda. Porque quien afirma que los conocedores son peligrosos y dañinos para la vida social, considera que su afirmación es verdadera. Por lo mismo, a los que piensen que los conocedores no son peligrosos los verá como seres equivocados. Es decir, se colocará en una atalaya desde la que puede caer en la actitud de desprecio e intolerancia que busca evitar.

Existe, sin embargo, una manera diferente de afrontar este tema. Que existan personas que saben más que otras es algo que la inmensa mayoría de seres humanos reconoce. Si todos fuesen sabios, nadie iría al médico, ni al ingeniero, ni al técnico informático, ni a los abogados, pues el conocimiento estaría repartido por igual entre todos.

Como todos no son sabios, el abogado pide ayuda al médico cuando siente dolor de estómago. El médico recurre al abogado cuando hay un pleito sobre las escrituras de la clínica donde trabaja. El albañil sabe cómo arreglar la gotera del techo donde vive un experto en computadoras, y el informático encontrará el modo para reparar la computadora del albañil.

Unos ayudan a otros en los campos de su propia competencia, según las muchas especializaciones que se dan en la vida de los pueblos. Es cierto que hay quienes engañan y se hacen pasar por expertos cuando sus conocimientos son escasos o nulos respecto de lo que presumen saber. Pero también es cierto que, gracias a Dios, son miles y miles los hombres y mujeres que cada día aportan a los demás los frutos de sus conocimientos, que sirven desde su saber.

He aquí la clave para ver la posesión (o, al menos, la mayor cercanía) de la verdad no como una ocasión de prepotencia, sino como un servicio. Si cada ser humano estudia y avanza hacia verdades concretas en diferentes ámbitos del conocimiento humano, podrá ofrecer, con mayor o menor exactitud, ayudas concretas a quienes necesiten la luz y el consejo de quienes saben.

El saber bien usado, entonces, no se convierte en un camino hacia la conquista del poder y hacia el desprecio hacia el “ignorante”, sino que puede convertirse en un modo maravilloso de solidaridad y ayuda para quien lo necesita. Porque todos, al fin y al cabo, tenemos muchos asuntos en los que pedir ayuda. Y porque muchos (aunque no siempre nos demos cuenta) podemos ofrecer también

algo a quienes recorren el mismo camino humano entre las distintas y complejas peripecias de la vida.